

Los balseros: antes y ahora

Holly Ackerman

LAS MOTIVACIONES, LA SIGNIFICACIÓN Y LA GEOGRAFÍA DE LOS BALSEROS cubanos son mucho más complejas, poderosas y variadas que el retrato que de ellas nos ofrecían los informes académicos y periodísticos de los años 90. Las explicaciones basadas en un único factor que, en un inicio, presentaban a este grupo como motivado por razones exclusivamente políticas o económicas resultaron equívocas. En el transcurso de una década, los estudios sistemáticos y los testimonios publicados han demostrado que la motivación más fuerte del éxodo era una sentida necesidad de libertad económica, política y social. La visión del mundo que tenían los balseros difería de la «realidad cubana» y querían ser libres para definir sus propias vidas. El estancamiento en Cuba produjo una aguda sensación de pérdida de tiempo y oportunidades en todas las esferas. Y los balseros sentían que conocían EE. UU., en particular el sur de la Florida, aunque la mayor parte no tenían allí familiares directos.

Por desgracia, la división en razones políticas y económicas, que caracterizó las discusiones de los años 90, cede ahora su lugar a otra representación unidimensional de los balseros, diez años después de su llegada, que caracteriza al grupo como simpatizante o, cuando menos, tolerante, con el gobierno cubano, capaz y deseoso de regresar a su patria y de oponerse al rigor de la política exterior norteamericana. Los hallazgos más recientes no permiten sustentar este nuevo estereotipo.

En vez de estudiar las últimas oleadas de balseros, algunos expertos han desestimado que sean un objeto de investigación significativo, ya sea porque constituyen una oleada menor que la de los grupos de refugiados cubanos que les precedieron, o porque sus cifras son bajas en comparación con las de otros inmigrantes de América Latina y el Caribe. En total, se han contabilizado 82.470 balseros sobrevivientes entre el 1° de enero de 1959 y el 30 de junio de 2004, cifra ésta que equivale al 6,9 % de la población cubanoamericana. De ellos, 39.496 llegaron durante la crisis de los años 1994-1996, lo que significa sólo un 3,2 % de todos los cubanoamericanos. Sin embargo, la significación de los balseros cubanos sobrepasa con mucho la de su número absoluto como resultado de la naturaleza, frecuencia, rapidez e intensidad a escala regional de las crisis domésticas e internacionales que su acción ha provocado. Son chispas humanas en el polvo político del Caribe.

En 1994 la implicación de varios gobiernos puso fin al éxodo antes de que se saciara la demanda para salir, dejando una demanda residual estimada en

250.000 personas sin otra vía para salir. Este residuo, al cual hay que añadir las cifras desconocidas de nuevos desafectos, representa, en caso de ser liberado, una amenaza continua a la estabilidad regional. Representa también una amenaza a la estabilidad doméstica de la Isla en el caso de que no lo sea. Esta reserva frustrada ha alimentado la recurrencia de salidas masivas por mar desde la Cuba revolucionaria. Cuando se mira retrospectivamente a Camarioca, el Mariel y la Crisis de 1994, parece obvio que otra repetición del éxodo por mar es una posibilidad que hace necesaria una buena información sobre tales eventualidades.

Más aún, cálculos conservadores sugieren que, al menos, un 25 % de los balseiros no sobrevivió al viaje y quienes lo hicieron sufrieron múltiples traumas, en primer lugar por haber experimentado la cercanía de la muerte en el mar, y, luego, a causa del prolongado internamiento. Resulta esencial el control y documentación de la dimensión humanitaria para identificar los muertos, mejorar las tasas de supervivencia, reducir el estrés postraumático, desarrollar estrategias de prevención y hacer que los gobiernos rindan cuentas por sus respuestas. Al estudiar los resultados de esta ola más reciente, podemos clarificar qué cosas funcionan y cuáles fallan en el manejo de la crisis.

UNA REVISIÓN REGIONAL

En términos generales, el éxodo de los balseiros cubanos puede ser descrito con mayor exactitud como una crisis regional que afecta a todo el Caribe antes que como un acontecimiento en las relaciones entre Cuba y Estados Unidos. Sin embargo, durante 1994 la atención de los medios informativos se concentró en Estados Unidos, Cuba, el Estrecho de la Florida y la base naval de Guantánamo, ignorando los balseiros que fueron a parar a otras localidades, sobre todo los grupos numerosos de las Bahamas y las Islas Caimán (IC). Es necesario un estudio adicional para rectificar esta omisión.

Los balseiros sobrevivientes que partieron del sur de la Isla por lo general fueron arrastrados hasta Cayman Brac, una de las tres islas que comprenden la pequeña colonia de la Corona británica de las Islas Caimán. En fecha tan temprana como los años 1960-1961, los *Colonial Reports of the Cayman Islands* refieren una «crisis de balseiros cubanos», cuando aproximadamente 200 balseiros procedentes de Cuba llegaron ese año para ser absorbidos por una población de poco más de 10.000 habitantes.

En 1993, cuando ya la colonia contaba con una población de 25.000 habitantes, los balseiros eran transportados de modo regular desde Cayman Brac hasta la capital, George Town, en la isla de Gran Caimán, donde un campo de refugiados, al que los lugareños denominaban «*tent city*» (ciudad carpa), fue construido con una subvención de emergencia de la Unión Europea. Concebido originalmente para acoger a 200 refugiados, la población del campo aumentó desde unos 200 en julio, hasta 1.200 a mediados de agosto de 1994. Por momentos, la población permanente de Cayman Brac fue casi igualada por la de los balseiros que esperaban su traslado a la ciudad

carpa. Cuando los balseros descontentos amenazaron con apoderarse de la ciudad, aquello no pareció una idea descabellada.

Para el gobierno de las IC los balseros representaron la crisis humanitaria y de seguridad nacional más grave a la que jamás se hubiera enfrentado. Docenas de policías antidisturbios de Londres y funcionarios de asilo del Alto Comisionado para los Refugiados, de las Naciones Unidas, fueron llamados, para mantener el orden y procesar las solicitudes de asilo, respectivamente. Como resultado de las negociaciones entre los funcionarios de las IC, los representantes de Gran Bretaña (GB) y el Departamento de Estado de Estados Unidos, el 2 de diciembre de 1994 se comunicó a los residentes de la ciudad carpa que a menos de cincuenta de ellos se les concedería el asilo. El resto podía elegir una entre cuatro opciones: regresar voluntariamente a Cuba, ir al «refugio seguro» de Guantánamo por cuenta de Estados Unidos, regresar a mar abierto en embarcaciones reparadas, o la repatriación forzosa a Cuba si rechazaban las primeras tres opciones.

Alrededor de un tercio de los balseros regresaron al mar y fueron remolcados hasta mar abierto por barcos de las Islas Caimán. La mayor parte del resto fue trasladada en avión hasta Guantánamo y por esa ruta entraron finalmente en Estados Unidos. Alrededor de una docena eligió pedir asilo en las IC y fueron encarcelados y, por último, se les repatrió a la fuerza.

Desde 1994 no ha dejado de llegar a las IC una pequeña pero creciente corriente de balseros y su suerte ha dependido de una política doble. A quienes llegan a Cayman Brac sin llamar la atención de los funcionarios de la capital, se les dota de botes reparados y provisiones y se les permite que continúen su viaje, dirigiéndose, la mayor parte, hacia Honduras, donde generalmente se les concede asilo. Esta política es coherente con las prácticas culturales tradicionales de las Caimán, que rigen la ayuda a los marineros en situación de peligro.

Aquellos que atraen sobre sí la atención oficial son conducidos a la prisión de Northward, en Gran Caimán, hasta que son repatriados, en contra de su voluntad y a expensas de Cuba. Este enfoque es coherente con los acuerdos negociados entre EE. UU., Gran Bretaña y las IC en 1994, y el subsiguiente *Memorando de Entendimiento* (MOU, de sus siglas en inglés) firmado entre las IC y Cuba. Existe un vivo debate público sobre los méritos relativos de las dos políticas y la opinión pública del país se decanta por ayudar y liberar a los balseros.

Quienes partían del norte de Cuba eran frecuentemente arrojados, con intención o sin ella, en las alejadas islas desiertas de las Bahamas. Allí podían ser localizados por medio de barcos o aviones de rescate, y los grupos del exilio les lanzaban provisiones. A comienzos de los años 90, si los balseros eran recogidos o llevados ante las autoridades de Bahamas por terceras personas, se les detenía al inicio y, luego, se les liberaba y permitía que vivieran libres en las Bahamas o que siguieran su camino hacia otros destinos. Miles de balseros «pasaron» por Bahamas hasta 1996 cuando, según el Comité para los Refugiados de EE. UU. (USCR, según sus siglas en inglés), los gobiernos de Cuba y las Bahamas firmaron un MOU casi idéntico al que existía con las IC.

El USCR afirma que, a diferencia del acuerdo público entre EE. UU. y Cuba, ninguno de los MOU secretos de las IC y las Bahamas «incluía medidas para permitir a los solicitantes de asilo cubanos determinar si entraban en la categoría de refugiados, compromiso alguno por parte del gobierno cubano de que no perseguiría a los repatriados y ninguna garantía para quienes regresaban.»

A diferencia de las salidas en barco por Camarioca (1965) y el Mariel (1980), que fueron caravanas marinas, imprevistas pero organizadas, que llevaban directamente desde Cuba hasta Cayo Hueso, una marejada de balseiros individuales hizo que sus olas se expandieran en todas direcciones abrumando a los países caribeños. Aquí radica el poder incomprensible y la complejidad del fenómeno de los balseiros. Enfrentó a los líderes caribeños ante el triple dilema de, al mismo tiempo, mantener la seguridad nacional cuando los frustrados balseiros se rebelaron contra su confinamiento; salvaguardar la economía en la que turistas y clientes de las playas exigían un ambiente plácido, y prestar atención a los derechos humanos y a la ayuda humanitaria, en condiciones en las que la observancia de las normas internacionales sólo estimulaba la llegada de más inmigrantes ilegales.

Cuando se les denegó la solución de su situación en las IC, cientos de balseiros se evadieron subrepticamente del campo de detención y, armados con estacas, tomaron posiciones estratégicas en el centro de George Town, donde los cruceros descargan a los turistas que aportan la savia de la economía de las IC. A continuación, los balseiros llamaron a la Casa de Cristal (la sede del gobierno) y dejaron claro que su situación exigía otra revisión. Para simplificar las cosas, en 1994 los gobiernos caribeños encontraron una solución a los residentes de la ciudad carpa; eludieron la publicidad y trabajaron en conjunto con EE. UU. y Cuba para acordar una política uniforme que fuera aceptada por todos los gobiernos de la región, pero desecharon costosas garantías en materia de derechos humanos para los futuros balseiros.

Aunque los gobiernos afectados han cerrado filas para desalentar a los balseiros, la crisis de 1994 demostró que los mecanismos internos de Cuba para sancionar a aquellos que pedían salir se habían reducido. Por ejemplo, durante el éxodo en barco por el Mariel, los vecinos y compañeros de trabajo podían ser convocados en masa, con un carácter tanto simbólico como literal, para manifestar su repudio a quienes solicitaban la salida del país. El riesgo que se corría, a cambio de la oportunidad de salir, era el de las palizas sistemáticas en los vecindarios, en los lugares de trabajo, en los centros de registro y en las zonas de espera.

En 1994, quienes se quedaban iban en masa hasta la costa, a desearles suerte a los balseiros y algunos aprovechaban para negociar abiertamente un sitio adicional. Los disturbios del Malecón que precipitaron la crisis de 1994, se produjeron en respuesta a las sanciones que el gobierno imponía a quienes se iban por mar. Los cubanos comunes no sólo se negaban a golpear al vecino, sino que protestaban porque se le arrestara. En la crisis siguiente, el gobierno de Cuba podría muy bien tener que decidir entre el uso de la fuerza militar para contener a la población civil, o manejar las consecuencias

de otra salida masiva de la población en un contexto internacional mucho más beligerante. Sin embargo, el presidente Castro amenazó con otra salida en el verano de 2004, en respuesta a las restricciones que impuso EE. UU. a las visitas de exiliados cubanos. El coste para todos los gobiernos se ha vuelto suficientemente alto y una negociación activa de la próxima crisis, antes de que ésta se haga incontrolable, sería una decisión racional, aunque la racionalidad nunca ha sido el principio rector de las relaciones entre EE. UU. y Cuba.

LOS BALSEROS AHORA

Cuando llegaron a Estados Unidos, los balseros se sentían a punto de estallar con la historia de su viaje o, en el caso de los que estuvieron confinados, con los traumas del confinamiento y de su «sueño americano». ¿Qué ha sido de todos esos planes y memorias?

En 1994 resultaba relativamente fácil encontrar balseros en los salones de las agencias de reubicación de refugiados, y recoger datos sobre ellos de un modo organizado. Una década más tarde se han dispersado y es difícil realizar un buen muestreo. Pero un análisis secundario fue llevado a cabo, a partir de las respuestas a la encuesta de 2004 de la Universidad Internacional de la Florida sobre los cubanos en Miami-Dade y el Broward Country, FL, que llegaron en barcos o balsas después de 1990. Un total de 90 personas respondieron. Estos datos nos ofrecen al menos información sobre sus actitudes políticas actuales con respecto a Cuba y Estados Unidos. Irónicamente contamos con información sobre las actitudes políticas de personas que, en 1994, buscaban escapar de la política. En la tabla que a continuación se ofrece, se comparan las respuestas de los balseros con las respuestas del resto de los cubanoamericanos sobre catorce cuestiones clave.

Encontramos que son los balseros quienes básicamente tienden a mostrar una mayor conformidad con las medidas humanitarias y las referidas a los contactos familiares. En comparación con el resto, un veintiséis por ciento más está de acuerdo con enviar frecuentemente alimentos, un diecisiete por ciento más, medicinas, un quince por ciento más es partidario de favorecer los viajes sin restricciones a Cuba, y otro cinco por ciento más se muestra favorable a un diálogo nacional entre los exiliados, los disidentes y el gobierno de Cuba. Un veintisiete por ciento más está a favor de enviar dinero a Cuba, un ocho por ciento menos se inclina por favorecer el embargo norteamericano y constituyen un ocho por ciento más los balseros dispuestos a regresar a una Cuba democrática. A la hora de explicar la salida de Cuba, un diez por ciento más, en comparación con todos los otros encuestados, refieren la falta de libertad o una combinación de falta de libertad y factores económicos.

Por otra parte, favorecen, por un amplio margen del 61 por ciento, una acción armada del exilio contra el gobierno cubano, una tasa aproximadamente igual a la de todo el resto. Y un 67 por ciento cree que en Miami se echa en falta la voz de una oposición fuerte al gobierno de Castro. A tal respecto,

TABLA I
RESPUESTAS DE LOS BALSEROS, COMPARADAS CON LAS DE TODOS
LOS ENCUESTADOS, AL CUESTIONARIO SOBRE CUBA FORMULADO
POR LA UNIVERSIDAD INTERNACIONAL DE LA FLORIDA

ASUNTO	% DE BALSEROS	% DE TODOS LOS ENCUESTADOS
CONFORMES CON ENVIAR MEDICINAS	86	69
CONFORMES CON ENVIAR ALIMENTOS	81	55
CONFORMES CON APOYAR A LOS GRUPOS DEFENSORES DE LOS DERECHOS HUMANOS EN CUBA	93	94
CONFORMES CON UNA ACCIÓN MILITAR DEL EXILIO	61	60
CREE EN UN DIÁLOGO NACIONAL	61	56
SIENTE QUE EL EMBARCO NO HA FUNCIONADO	80	76
QUIERE MANTENER EL EMBARCO	57	65
A FAVOR DE LOS VIAJES SIN RESTRICCIONES A CUBA	61	46
SIENTEN QUE NO TODAS LAS VOCES SE HACEN SENTIR EN MIAMI	78	74
LA VOZ QUE FALTA ES LA DE LA OPOSICIÓN MÁS FUERTE A CASTRO	67	59
REGRESARÍA A UNA CUBA DEMOCRÁTICA	40	32
LA GENTE ABANDONA CUBA PRINCIPALMENTE POR MOTIVOS ECONÓMICOS	16	25
LA GENTE ABANDONA CUBA PORQUE NO HAY LIBERTAD	52	50
LA GENTE ABANDONA CUBA POR UNA MEZCLA DE RAZONES ECONÓMICAS Y FALTA DE LIBERTAD	33	25
PARTICIPA EN ORGANIZACIONES CÍVICAS DE EE. UU.	4	13
ENVÍA DINERO A CUBA	81	54
LA DELEGACIÓN AL CONGRESO POR LA FLORIDA HACE UN BUEN TRABAJO	84	85

Nota: Los porcentajes están redondeados al número entero más próximo.

sienten esta falta con mayor fuerza aun que la del resto de la comunidad cubana (un ocho por ciento más). También apoyan a la muy conservadora delegación de Miami al Congreso en un porcentaje igual al de todo el resto. Aunque son menos proclives que el resto a apoyar el embargo, aun lo apoyan en un 57 por ciento de los casos.

A juzgar por las opiniones de los recién llegados que ofrece este muestreo, la presentación popular de ellos como sustancialmente diferentes a exiliados más antiguos puede resultar excesivamente simplista. Resulta más adecuado decir que entre un quince y un treinta por ciento más de ellos apoyan la ayuda humanitaria a Cuba, pero que comparten actitudes y soluciones políticas conservadoras con quienes llegaron antes en un margen similar. Sólo un dieciséis por ciento cree que las personas se marchan de Cuba por razones económicas.

En lo que se muestran claramente distintos es en su fuerte apoyo a la libertad de viajar hacia y desde Cuba, aunque, como se menciona a continuación, no es una decisión fácil la de regresar personalmente a Cuba. Dado que la mayoría de los balseros dejaron en Cuba familiares directos, no sorprende que deseen tener la posibilidad de viajar libremente, y plantea la cuestión de hasta qué punto su apoyo a los viajes depende de que posean familia en Cuba. Antes que mostrar solidaridad, o incluso tolerancia, con el gobierno de Cuba, las respuestas indican que los balseros, en términos generales, comparten algunas actitudes políticas conservadoras con sus compañeros de exilio, al mismo tiempo que siguen cuidando de las necesidades materiales de sus parientes y amigos en Cuba. Aunque los balseros contribuyen de algún modo a las posiciones más liberales en Miami, es más probable que el incremento de puntos de vista moderados se deba a la tasa de mortalidad entre los cubanos de línea dura que llegaron a principios de los años 60. En términos generales, los recién llegados se muestran divididos y los puntos de vista conservadores aún predominan en números considerables.

Para comprender mejor a los balseros, dieciséis personas que llegaron durante el éxodo de 1994 fueron entrevistadas con respecto a sus condiciones de vida actuales y a sus memorias sobre Cuba y acerca de la travesía en balsa. Sus respuestas representan solamente las opiniones expresadas por dieciséis individuos determinados que participaron en la Crisis, y no pueden ser generalizadas al conjunto de los balseros. Sin embargo, estas opiniones nos ofrecen una valiosa descripción y sugieren áreas para una indagación ulterior.

Entre los entrevistados había dos mujeres y catorce hombres, que en Cuba tenían diversas ocupaciones: médico, artista, estudiante, profesor universitario, piloto de aviación, ama de casa, panadero, soldado, fontanero y biotecnólogo. En 2004 laboraban como trabajador social, técnico en medicina, investigador científico, pintor, dueño de un pequeño negocio, almacenero, artista, ama de casa, mecánico automotriz, encargado de obras, y conductor de autos y camiones.

En el momento de su llegada, cuatro estaban solteros y los otros, casados. Desde que llegaron, seis, de los dieciséis, han estudiado en escuelas técnicas o vocacionales, o en universidades locales; uno de ellos se ha licenciado y otros han recibido certificaciones técnicas. Ocho, de los dieciséis, hablan un inglés fluido. Otros cinco «manejan» el inglés en sus centros de trabajo, pero prefieren vivir hablando español y no consideran que su inglés sea fluido. Tres no se esfuerzan en hablar inglés y sus trabajos y condiciones de vida no les exigen hablar este idioma. La edad actual de los entrevistados oscila entre veintidós y sesenta y dos años. Se les preguntó si todavía piensan en sus experiencias en el mar. Los recuerdos traumáticos persisten en la mayoría, y les resulta más difícil hablar de ellos en 2004 que cuando llegaron. Una típica respuesta se obtuvo por parte de un balsero de La Habana y su esposa, que terminaron en Guantánamo en el segundo

ISABEL MARTÍNEZ, 38 años. Obrera. Salió de Cuba con su hijo menor, Lázaro, y su actual compañero, Francisco Meireles, el 22 de agosto de 1994. Fue llevada a Guantánamo y luego, al campamento de Panamá antes de permitirle la entrada a EE. UU., por motivo de su embarazo, el 16 de diciembre de ese año. Actualmente no tiene empleo fijo.

” Me fui de allá con una causa pendiente, porque en 1992 el padre de mi hijo mayor, Edgar, me denunció por preparar una salida ilegal. Me pedían cuatro años, pero el niño tenía entonces cuatro años y me soltaron bajo fianza. En 1994 estuve escondida como seis meses en Campo Florido, en las afueras de La Habana, hasta que finalmente me fugué con mi hijo menor, Lázaro, de tres años, que vino en el barco. Lo más difícil ha sido la lejanía de Edgar, que se ha hecho un hombre sin tenerme a su lado. El padre nunca autorizó su salida y murió hace cuatro años, afectado por la bebida. El niño está retenido allá porque está en edad militar, mientras que a mí no me han dado el pasaporte cubano para poder visitarlo. Mi anhelo es poder ver a mi padre y reunirme con mi hijo mayor. Sueño con tener un restaurante y ser chef.

(«Testimonios de la búsqueda de un sueño», en: *El Nuevo Herald*, 9 de agosto, 2004, p. 12A)

intento de abandonar el país. La primera vez, los guardafronteras los detuvieron a punta de pistola y él estaba a la espera de un juicio por *salida ilegal del país**. Pensó que tenía que irse antes de la fecha del juicio o que en caso contrario, sería encarcelado. El matrimonio cuenta su historia de manera dubitativa, en tono callado y con evidente dolor. En 1994 estas historias afloraban con rapidez, con urgencia, y a viva voz. Se trataba de acontecimientos recientes que podían quedar en el olvido si no se relacionaban. Hoy son traumas incurables.

El segundo intento de salida se produciría por algún lugar en las afueras de La Habana, y la pareja tuvo que esperar una semana sin provisiones en un área rural donde se reunirían con las otras dieciséis

personas que irían con ellos. Se escondieron en un área boscosa cerca de una granja y utilizaron un abrevadero de animales para beber y bañarse. Por último, cuando ya estaban acribillados por los insectos, sin comida y padeciendo los rigores de la intemperie, uno de los perros de la granja los descubrió y no dejó de ladrar hasta que los habitantes del lugar vinieron. Tuvieron suerte de que los granjeros no los entregaron y compartieron su comida con ellos.

Cuando llevaban dos días en el mar, la balsa comenzó a inundarse y a cada hora que pasaba el nivel del agua aumentaba. Llegaron a un punto en el que ya no era posible efectuar nuevas reparaciones y sólo les quedaban unas pocas horas antes de que la embarcación se hundiera por completo. Al principio se produjo un estallido de pánico. Algunos balseiros habían sufrido mareos desde el comienzo y fueron los primeros en tener alucinaciones. Un hombre quería regresar, pero nadie sabía donde estaba el Norte o el Sur y, además, la balsa era inservible.

Por último, el grupo quedó en silencio mientras la gente aguardaba la muerte con resignación tranquila. El balseiro rezaba por sus tres hijastros. El padre de estos había muerto en una misión militar en África y ahora, pensaba, perderían también a su madre y a él mismo. Lamentaba causarles esta segunda pérdida y deseó no haber traído a su mujer consigo. Mientras rezaba por ellos, un zumbido atrajo su atención, el grupo fue avistado por Hermanos al Rescate y, finalmente, recogido por la Guardia Costera de EE. UU., que los condujo a Guantánamo.

Un balsero relata su peor momento y dice que los recuerdos del mismo vuelven ahora con frecuencia cada vez menor, pero que todavía se despierta con pesadillas sobre el viaje: «Un tipo estaba delirando y tenía alucinaciones. Pensó que yo era un *chivato** que trabajaba para Fidel y estuvo todo el tiempo intentando echarme fuera de la embarcación. Todos le teníamos miedo y, en ocasiones, pensé que los otros le permitirían arrojarme por la borda. Me acurruqué en una esquina».

Trece de los balseros experimentaron confinamiento en Guantánamo. Sorprendentemente, aunque al principio se sintieron desesperados, en general se tomaron esta experiencia con filosofía. En reiteradas ocasiones los balseros dicen de Guantánamo que: «*Me hizo independiente, me hizo hombre*»*. Otros comentarios refieren: «Mi libertad comenzó allí mismo, en Guantánamo, cuando protestamos por nuestras condiciones. Al principio era un caos, pero allí construimos una sociedad». Otro dice: «Fue un modo de ajustar cuentas con nosotros, de suprimirnos. Para nosotros fue el tiempo de prepararnos para vivir en Estados Unidos».

Pero es la libertad el tema principal que se abre paso desde la planificación del escape, a través de los campos de Guantánamo, las Bahamas y las Islas Caimán, hasta la vida en EE. UU. Es una palabra que los entrevistadores escuchan una y otra vez. Un balsero refiere: «Quien ganó la libertad, caballeros, en su balsa, seguirá balsero mientras viva. Ser balsero es una experiencia única, un renacer espiritual, social, material. Es una metamorfosis irreversible... Memorias hay muchas, pero la mayor es el sentimiento de plenitud espiritual cuando amaneces en medio del mar, sin costa a la vista. Te sientes, por primera vez, LIBRE»*.

Otro balsero, reflexionando sobre sus años en EE. UU., comentó primero: «Nadie me ha parado en la calle para revisar mi documento de identidad, nadie viene a mi casa a decirme qué hacer. Me siento libre. Soy tratado como adulto». Otro balsero relata un registro que efectuaron los militares en su tienda, en Guantánamo. Buscaban artículos de contrabando. Mientras esperaba en el exterior de su tienda sintió como si hubiera regresado a Cuba y entró en un estado de profunda ansiedad. Esperaba que examinaran sus cosas y que lo arrestaran, por la crítica social que hacían sus dibujos de la vida en el campo. Pero los soldados sólo buscaron en las áreas en donde se suponía que se encontrara el contrabando y sus obras de arte estaban intactas. Nadie repudió su contenido. El agudo contraste entre su expectativa de censura y la resolución de la búsqueda le dejaron una impresión indeleble de qué significa la libertad.

Otro dice: «Puedo ir a un restaurante en cualquier parte y llevar a mi familia, lo mismo que a las playas. Recién llegado fui una vez a un restaurante y allí estaba Jorge Más Canosa. Fue una conmoción. Los peces gordos y la gente de a pie podían ir al mismo sitio y para ambos habría acomodo. No tuvimos que marcharnos cuando él entró». La libertad era el tema más espontáneo y es la libertad lo que continúa interesando a los balseros, no la política. No hubo apenas discusión sobre los sistemas políticos, la

participación en la vida política y los mecanismos de la democracia, sino una constante referencia a pensar, hablar y viajar libremente.

EN ESTADOS UNIDOS. TRABAJO E INCERTIDUMBRES

Los balseros cuentan ahora con una década de trabajos a sus espaldas y comprenden las incertidumbres de la libertad individual. Entre los comentarios típicos en respuesta a los aspectos más positivos y negativos de la vida en Norteamérica, se encuentran los siguientes: «Estados Unidos es tres cosas: trabajo, trabajo y más trabajo». Otro dice: «Lo que más me preocupa es el desempleo. Otras personas viven con esa incertidumbre y me digo a mí mismo que yo también puedo, pero, ¿qué pasaría si pierdo mi trabajo? Es algo que me preocupa. No voy a perder mi trabajo... pero te preocupas». Un tercero señala: «Fue difícil aprender que había que pagar por todo».

Un balseiro, preocupado con la salud pública dice: «Le diré lo que no fue de mi sueño americano. EE. UU. tienen un sistema de sanidad ineficiente. En Cuba era eficiente. Aquí está ‘metalizado, o sea, basado en dinero’*. Me preocupa que pueda caer enfermo porque no tengo seguro médico. ¿Cómo puede ser que ustedes no tengan salud pública aquí? Está mal que las mujeres tengan que pedir dinero para que sus hijos sean operados. EE. UU. deberían mirar un poco más hacia Europa». Otra observación: «Sabíamos, cuando vinimos, que estaríamos retrasados y tenemos que ahorrar para la jubilación. La jubilación es mi gran preocupación... eso, y que los niños se americanicen y se alejen de nosotros».

En contraste, un balseiro cuenta cómo recrea su vida cubana en Miami. Ve a los mismos amigos y trajo a su familia. Encuentra que las cosas materiales importan menos y que, cuando no trabaja, se dedica exclusivamente a actividades placenteras con su familia y sus amigos. «En Cuba las cosas materiales importan mucho más y estabas siempre ocupado con ellas... consiguiendo comida, buscando zapatos. Aquí las cosas están allí si las deseas. Puedo dedicar todo el fin de semana a estar con mis amigos. No tengo que pasarme todo el tiempo buscando cosas materiales».

REGRESO A CUBA DE VISITA

Cuando se les preguntó sobre los viajes a Cuba, estos dieciséis balseros estaban divididos, a partes iguales, entre quienes habían regresado y quienes no. Al hablar sobre la complejidad del viaje de regreso un balseiro dijo: «Para ser franco, tengo miedo. Y no quiero pedir permiso. No quiero volver a sentir ese sentimiento de desamparo. Mejor no voy». Otro, padre de dos niños pequeños nacidos en Estados Unidos, dice: «No dispongo de tanto dinero ni tiempo. No puedo hacerlo todo. Sólo tenemos unas vacaciones. Hace tres años que fui a Cuba con toda la familia, pero ellos no quieren regresar. Los niños dicen: ‘¡Ay, no, a Cuba no! Allí hace calor, no hay aire acondicionado, todo se está cayendo. Está sucio’. Mi esposa y yo pudimos

ver cómo era. Lo entendemos... pero no puedes hacer que los niños entiendan. No es Disneyland. Cuba no es Disneyland. No les es cercana».

Otro balsero relata la compleja historia que rodea su partida. Era un antiguo piloto, abandonó su avión en las Islas Caimán y fue en balsa desde allí a Estados Unidos. Cuando presentó la solicitud para traer primero a sus hijos, y luego, a sus hermanos y parientes, se le dijo que cada vez que viajara tendría que pagar casi diez mil dólares de más para cubrir el costo en el que incurrió el gobierno cubano para recoger el avión que abandonó. La segunda vez que se le impuso ese «recargo» se quejó y se le informó que se le aplicaría ese costo, por cada familiar, a causa de su traición. Dijo: «Tengo que sacarlos. No puedo regresar. No me imagino lo que me puedan hacer».

Algunos entre quienes no han regresado tienen similares temores. Si han robado provisiones o equipos para sus balsas, o tenían un Comité de Defensa de la Revolución particularmente entusiasta, o proceden de pueblos pequeños en los que la vida pública era muy visible, temen lo que les pueda pasar si regresan. El testimonio de estos balseros refuerza la opinión que Juan Antonio Blanco expresó hace poco en *Encuentro en la Red* acerca de que «el gobierno de La Habana hace un uso múltiple de su política migratoria». Los recién llegados se limitan a sí mismos y están limitados por el gobierno cubano, tanto en su decisión de intentar visitar la Isla como en el comportamiento en su nueva vida, por el supuesto de que se producirá un castigo muy personalizado sobre la base de la conducta antigubernamental mantenida en el pasado y en el presente. Los antiguos balseros equiparan el rechazo a regresar con una acción política. A su vez, la *mano de Fidel** todavía modifica la conducta de aquellos que quieren visitar Cuba.

CONCLUSIONES

Hasta 1994, la salida masiva era en Cuba una política recurrente para hacer frente a la demanda reprimida de abandonar el país, pero Estados Unidos se ha vuelto cada vez más intolerante con la misma. El confinamiento de decenas de miles de balseros fue el resultado. La crisis regional causada por los balseros fue resuelta colectivamente, por EE. UU. y los líderes caribeños, mediante acuerdos secretos que hicieron que los continuos viajes en balsa fueran más peligrosos, y con menos posibilidades de éxito. Para que los cubanos, con independencia de su número, puedan abandonar el país habrá que inventar nuevas formas de salida individual o en masa. Lo que queda claro, a partir de los datos disponibles, es que la población de balseros es diversa y no tan fácilmente definible como se la presentaba hasta ahora.

* En español en el original.